

José Marzo

# Agua

(aforismos, 2011-2015)

ACVF EDITORIAL  
MADRID

*Diseño de la colección:*

*La Vieja Factoría*

*Ilustración de cubierta: equipo de diseño de La Vieja Factoría*

*Lectura de prepublicación:*

*Lola Coya.*

*Primera edición en libro: agosto de 2016*

*Segunda edición en libro: noviembre de 2018*

© José Marzo, 2016, 2018

© ACVF EDITORIAL, 2016

[www.acvf.es](http://www.acvf.es)

ISBN: 978-84-949453-1-1

Impresión digital bajo demanda. Próximamente disponible en *ebook*.

*A los que, en la plaza o en su estudio,  
vieron más lejos y más claro.*



# Prólogo

Clavamos en este palmo de tierra de ningún sitio  
esta bandera invisible.



# 1. El Planeta de las Letras

(aforismos sobre literatura)

Un buen aforismo es el peldaño que el lector pisa para subir.

La novela nació de una conciencia crítica de la realidad, y con ella morirá.

La buena novela, desde la primera novela nunca escrita, es un viaje mental. El del escritor. Y una pluralidad de viajes posibles, uno por cada lector.

Creamos realidades paralelas en las que vivir con la imaginación, y desde las que mirarnos, sentirnos, juzgarnos y entendernos. Y redimirnos.

Igual que conversamos con una persona con la que no estamos por completo de acuerdo, también podemos leer un libro que en muchos aspectos nos

disgusta. De sus errores se aprende tanto como de sus aciertos.

Si dudas ante la página en blanco, escribe las dudas.

Esta frase ha dudado cien veces antes de afirmarse.

Las cosas nunca son sencillas, sólo las palabras pueden serlo. Las palabras sencillas, al destacar lo relevante, apuntan mejor a lo complejo.

Todo está relacionado con todo, así que cualquier punto de la realidad lleva a cualquier otro punto. La misión que se impone el escritor realista es desvelar tales relaciones y crear una ficción más contrastada y significativa que la propia realidad.

Frases como cerezas, con forma, color y sabor.

Escribir nuestras opiniones es la oportunidad de expresarnos con más claridad y mesura que hablando. La rabia escrita sólo es legítima si es necesaria.

El estilo tiene que ser preciso, por la misma razón que el martillo debe ser duro.

Reivindiquemos la narración del pluralismo y superemos los fragmentos inconexos de la posmodernidad, vieja prematura.

Nada consuela tanto a una mente fatigada como un juego de palabras sugerente y fraudulento.

Lo bueno se tapa con lo mucho, y lo excelente con lo demasiado.

Hay que limpiarse los granos de vanidad como el sudor.

El escritor con autoestima crece con el bocado de cada crítica negativa.

Tu susurro también es el aleteo de la mariposa.

Lo imaginario también es real. Una realidad imaginada, que el escritor realista trata como tal.

Una sola incorrección gramatical de Pío Baroja tiene más fuerza expresiva que toda la esforzada prosa de sus detractores, que para despreciar el talento se aprietan el cinturón de la gramática.

Narrando lo ficticio con la viveza de lo vivido y la veracidad de lo auténtico.

El escritor maduro también creyó en ese tipo de éxito y lo deseó. Ahora cree en la inteligencia, la belleza y la emoción de las obras genuinas.

Y valora más la estima de un buen lector que las medallas de los otros.

Una verdad narrativa es una ficción veraz. Veraz. Veraz.

La funcionaria apacible, de cabellos plateados, dice: «Ningún libro ha vuelto a inquietarme como aquellos que leíamos en la juventud. ¿Son distintos los libros? ¿O somos nosotros los que hemos cambiado?»

También la confusión puede y debe escribirse con claridad, y lo intrincado, con sencillez.

Temblemos ante la capacidad de los medios de comunicación de masas para construir un falso prestigio y hundir una reputación merecida.

Se siente una liberación al escribir novelas: en lugar de juzgar a las personas, debes entender a los personajes; en lugar de estar en juego tu yo, lo apaciguas, lo disuelves.

Soñó que todas estas palabras flotaban como cáscaras vacías en un mar muerto.

Cuando los personajes se apropian de ti para contar su historia, nace la novela.

Si las ideas son edificios, y la cultura, alimento, entonces el neoliberalismo ha vendido las ideas como entradas para parques temáticos, y la cultura como cosmética.

Entre las mayores virtudes del arte, se encuentra su capacidad para afinar nuestros sentidos y nuestra inteligencia, disponiéndonos para el gozo de la vida y para el entendimiento de la realidad.

No hay mejor droga estimulante que un texto inteligente.

Una metáfora, como un abrazo, como una lucha cuerpo a cuerpo.

Hay aún más belleza en las cosas más sencillas, elementales.

O aceptamos pagar un precio justo por la cultura de calidad, como particulares o como contribuyentes, o nos convertiremos en consumidores acríticos y sumisos de cultura patrocinada.

El lector huele en tu pretensión la huella de tus complejos.

En una docena de palabras, qué fácil es caer en la grandilocuencia.

Querido amigo: ni crecerás por sentarte sobre la espalda de otros, ni encogerás por retratarte junto a gigantes. Al verdadero escritor se lo reconoce por su voluntad de seguir una evolución propia, por su tendencia a extraviarse allí donde otros viajan a rebufo de la corriente dominante.

La escritura es un acto solitario: aprende a estar solo.

Una gran autobiografía: casi una forma de llorar por lo que fue y no debió haber sido, por lo que no fue y debió ser, y por lo que felizmente fue.

El genuino acto creativo se inicia con la ruptura de las normas y se realiza con la plasmación de normas propias. Esta norma nueva y personal es el estilo. En arte, la ausencia de normas no es libertad creativa, sino carencia de estilo.

La pedantería se empeña en escribir por nosotros sin soltar el fardo de nuestros complejos.

Walt Whitman mostró en su poesía que la democracia es también un sentimiento: el reconocimiento de la igualdad, la celebración de la diversidad.

El valor de un aforismo se halla menos en su parte de verdad que en su capacidad para animarnos en nuestra búsqueda de lo verdadero.

La pedantería, la afectación, el cultismo innecesario, las expresiones alambicadas y farragosas,

la altisonancia, son síntomas de una cultura literaria hecha más para el autobombo que para comunicar, más para deslumbrar que para aclarar, más para el prestigio que para la belleza, más para imponer que para persuadir.

Para designar un «canon» de muchos títulos, de muchos nombres, ya existe la palabra «catálogo».

Lo farragoso no es ni inteligente ni complejo, sino farragoso.

La ironía tiene dos cabezas: con una parece invitarte a pensar, la otra no disimula su burla.

La mitad del valor de un buen libro depende de un buen lector.

Persiguiendo la perfección, apreciando lo imperfecto.

Para que el pensamiento resuene, afina primero las palabras.

Los pianistas practican la improvisación con ejercicios y estudio tenaz. También los pintores. Y

los escritores... La rutina y el ejercicio regular son la base de la creatividad y de la libertad genuinas.

El personaje se levanta cuando derrotas por fin a tus prejuicios.

Para qué escribir peor que hablar: más oscuros, retorcidos y pretenciosos. No llamemos «literatura» a nuestros monstruos.

La ciencia aspira al promedio y lo representativo, la literatura contemporánea se acerca a lo singular y lo único.

Yo no escribo para un millón de lectores, ni para diez mil, ni para cien... yo escribo para ti.

Una generación de escritores bien alimentados, que crecieron en democracia y dispusieron de bibliotecas públicas, que pudieron abrirse a la literatura de otras lenguas y absorber los logros de la ciencia, que tuvieron la oportunidad única de invertir en sus obras conocimiento, técnica y tiempo... esta generación fracasó sin haber presentado batalla, ni estética, ni ética, ni política... fueron derrotados por una élite que, legitimada por el posmodernismo y amparada en una relación privilegiada con la industria cultural

y las instituciones, desvalorizó el arte, exaltó la mediocridad y aisló y frustró a los mejores.

«Te quiero», «dos y dos son cuatro», «construyamos juntos un puente»... cosas que o se dicen clara y directamente o no se dicen nunca.

Si los escritores tuviéramos presente que el lector debe recrear una obra, darle voz, ritmo, imágenes, dotando de cuerpo a cada palabra, seríamos más autoexigentes, más humildes.

El placer de decir pocas cosas, para pocos, en voz baja.

Quienes critican una novela seria por su falta de humor o una novela humorística por su falta de seriedad, expresan, más que sus gustos, su carencia de gusto.

Si un asunto o un argumento no te satisface, ni te permite avanzar, ni señala una salida, guárdalo en un frasco con formol en el estante de las curiosidades.

Si te aplauden por expresar lo que piensas, quizás no hayas dicho lo que piensas o no hayas pensado lo suficiente.